

LO ÚNICO QUE SÉ

Juan 9:1, 6-9, 13-17, 34-36*

¹ Yendo de camino vio Jesús a un hombre que había nacido ciego.

⁶ Dicho esto, Jesús escupió en el suelo, hizo con la saliva un poco de lodo y untó con él los ojos del ciego. ⁷ Luego le dijo:

–Ve a lavarte al estanque de Siloé (que significa: “Enviado”).

El ciego fue y se lavó, y al regresar ya veía. ⁸ Los vecinos y los que otras veces le habían visto pedir limosna se preguntaban:

–¿No es este el que se sentaba a pedir limosna?

⁹ Unos decían:

–Sí, es él.

Y otros:

–No, no es él, aunque se le parece.

Pero él decía:

–Sí, soy yo.

¹³⁻¹⁴ El día en que Jesús hizo lodo y dio la vista al ciego, era sábado. Por eso llevaron ante los fariseos al que había sido ciego, ¹⁵ y ellos le preguntaron cómo era que podía ver. Les contestó:

–Me puso lodo sobre los ojos, me lavé y ahora veo.

¹⁶ Algunos fariseos dijeron:

–El que hizo eso no puede ser de Dios, porque no respeta el sábado.

Pero otros decían:

–¿Cómo puede alguien, siendo pecador, hacer esas señales milagrosas?

De manera que estaban divididos. ¹⁷ Volvieron a preguntar al que había sido ciego:

–Puesto que te ha dado la vista, ¿qué dices tú de ese hombre?

–Yo digo que es un profeta –contestó.

³⁴ Le dijeron entonces:

–Tú, que naciste lleno de pecado, ¿quieres darnos lecciones a nosotros?

Y lo expulsaron de la sinagoga.

³⁵ Jesús se enteró de que habían expulsado de la sinagoga a aquel ciego. Cuando se encontró con él le preguntó:

–¿Tú crees en el Hijo del hombre?

³⁶ Él le dijo:

–Señor, dime quién es, para que crea en él.

**Esta es una forma abreviada de la lectura del día. La lectura completa es Juan 9:1-41*

Otras Lecturas: 1 Samuel 16:1, 6-7, 10-13; Salmo 23; Efesios 5:8-14



LECTIO:

Sabemos por los anteriores capítulos del evangelio de Juan que Jesús no era muy popular entre los fariseos. Le observaban de cerca, buscando cualquier oportunidad para acusarlo.

La ocasión se presenta cuando traen ante ellos a un hombre al que Jesús ha curado en sábado. No es la primera vez que Jesús contraría a las autoridades judías realizando una curación en sábado (véase Juan 5:1-18).

Los fariseos observaban estrictamente la ley que prohibía cualquier tipo de trabajo en sábado (Éxodo 23:12, 31:12-17). También Jesús guardaba el sábado, pero no estaba de acuerdo con los fariseos en qué constituía el ‘trabajo’. En opinión de Jesús, curar era hacer una buena obra y dar gloria a Dios: guardar verdaderamente el sábado.

El pobre ciego se ve metido en un auténtico enredo. Imagina su alegría al poder ver por primera vez en su vida. Pero en vez de poder celebrarlo, se le complican las cosas. Algunos dudan de él (v. 9). Al final, los fariseos le creen, pero sólo después de que sus padres confirmen que había nacido ciego. Pero acaban expulsándole de la sinagoga (v. 34).

La curación física es todo un milagro, pero está por llegar una curación aún mayor. Jesús busca al hombre, se le manifiesta como Hijo del Hombre y le invita a creer en él. El hombre confiesa su fe en Jesús y así queda también curada su ceguera espiritual.



MEDITATIO:

- Considera la manera en que trató Jesús a este hombre. Compárala con la de los fariseos. ¿Qué podemos aprender de todo esto?
- En 1 Samuel 16:7 se nos cuenta cómo Dios mira en el interior y no se fija en las apariencias externas. ¿De qué manera se relaciona este pasaje con la lectura del evangelio de hoy? ¿Juzgamos a los demás basándonos en su apariencia o en su posición social?
- ¿Te has encontrado con Dios de una manera tal que sientas con suficiente confianza en tu propia experiencia espiritual como para mantenerte firme si los otros te someten a juicio?



ORATIO:

El Salmo 23 puede resonar a niveles muy distintos. Centra tu atención en un par de versos cada día de la semana y conviértelos en tu oración personal. Ora por aquellos conocidos tuyos de los que sabes que necesitan curación física y espiritual.



CONTEMPLATIO:

¿Recuerdas cuándo te invitó Dios por primera vez a creer en él? Considera las maneras en que la gracia de Dios ha actuado en tu vida hasta hoy mismo.



LA VIDA DE LA RESURRECCIÓN

Juan 11:3-7, 17, 20-27, 33-45*

³ Así que las dos hermanas enviaron a decir a Jesús:

–Señor, tu amigo está enfermo.

⁴ Jesús dijo al oírlo:

–Esta enfermedad no va a terminar en muerte, sino que ha de servir para mostrar la gloria de Dios y también la gloria del Hijo de Dios.

⁵ Jesús quería mucho a Marta, a su hermana y a Lázaro; ⁶ sin embargo, cuando le dijeron que Lázaro estaba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde se encontraba. ⁷ Después dijo a sus discípulos:

–Vamos otra vez a Judea.

¹⁷ Jesús, al llegar, se encontró con que ya hacía cuatro días que habían sepultado a Lázaro.

²⁰ Cuando Marta supo que Jesús estaba llegando, salió a recibirle; pero María se quedó en la casa. ²¹ Marta dijo a Jesús:

–Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. ²² Pero aun ahora yo sé que Dios te dará cuanto le pidas.

²³ Jesús le contestó:

–Tu hermano volverá a vivir.

²⁴ Marta le dijo:

–Sí, ya sé que volverá a vivir cuando los muertos resuciten, en el día último.

²⁵ Jesús le dijo entonces:

–Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; ²⁶ y ninguno que esté vivo y crea en mí morirá jamás. ¿Crees esto?

²⁷ Ella le dijo:

–Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo.

³³ Jesús, al ver llorar a María y a los judíos que habían llegado con ella, se sintió profundamente triste y conmovido, ³⁴ y les preguntó:

–¿Dónde lo habéis sepultado?

Le dijeron:

–Señor, ven a verlo.

³⁵ Y Jesús lloró. ³⁶ Los judíos dijeron entonces:

–¡Mirad cuánto le quería!

³⁷ Pero algunos decían:

–Este, que dio la vista al ciego, ¿no podría haber hecho algo para que Lázaro no muriese?

³⁸ Jesús, otra vez muy conmovido, se acercó al sepulcro. Era una cueva que tenía la entrada tapada con una piedra. ³⁹ Jesús dijo: –Quitad la piedra.

Marta, la hermana del muerto, le dijo:

–Señor, seguramente huele mal, porque hace cuatro días que murió.

⁴⁰ Jesús le contestó: –¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?

⁴¹ Quitaron la piedra, y Jesús, mirando al cielo, dijo:

–Padre, te doy gracias porque me has escuchado. ⁴² Yo sé que siempre me escuchas, pero digo esto por el bien de los que están aquí, para que crean que tú me has enviado.

⁴³ Habiendo hablado así, gritó con voz fuerte: –¡Lázaro, sal de ahí!

⁴⁴ Y el muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas y envuelta la cara en un lienzo. Jesús les dijo: –Desatadlo y dejadle ir.

⁴⁵ Al ver lo que Jesús había hecho, creyeron en él muchos de los judíos que habían ido a acompañar a María.

**Esta es una forma abreviada de la lectura del día. La lectura completa es Juan 11:1-45
Otras Lecturas: Ezequiel 37:12-14; Salmo 130; Romanos 18:8-11*

LECTIO:

Marta y María son amigas íntimas de Jesús. Por eso se sienten desoladas cuando parece llegar demasiado tarde: después que ha muerto su hermano. Desde el comienzo mismo, Jesús es consciente de que su Padre tiene un plan lleno de gloria (versículo 4), pero aún así aquello no le impide compartir su dolor (versículos 33-35). Jesús declara ‘Yo soy la resurrección y la vida’ y promete que quienes creen en él no morirán jamás (versículos 25-26). Marta expresa su fe en que Jesús es el Mesías prometido,

Jesús resucita a Lázaro de entre los muertos para que la gente crea que él es el Hijo de Dios. Muchos creen en él, pero para los dirigentes religiosos Jesús se convierte ahora en una amenaza tan grande que planean la manera de matarlo (versículo 53).

MEDITATIO:

- ¿Qué es lo que más te impresiona de todo el relato?
- ¿Qué demuestra este milagro respecto a la autoridad de Jesús?
- ‘Yo soy la resurrección y la vida’ ¿Qué significa para ti esta afirmación? ¿Qué piensas de la vida eterna?

ORATIO:

Responde a Dios en la oración. Preséntale tus esperanzas y temores y dale gracias por su amor lleno de ternura.

CONTEMPLATIO:

Lee Romanos 8:8-11 y deja que esos versículos les den fuerza a tu fe y a tu confianza en las promesas de Dios.

¿QUIÉN ES ESTE?

Mateo 21:1-11

¹ Cerca ya de Jerusalén, cuando llegaron a Betfagé, al monte de los Olivos, Jesús envió a dos de sus discípulos ² diciéndoles:

–Id a esa aldea y encontraréis una asna atada y un borriquillo con ella. Desatadla y traédmelos. ³ Si alguien os dice algo, respondedle que el Señor los necesita y que en seguida los devolverá.

⁴ Esto sucedió para que se cumpliera lo que había dicho el profeta:

⁵ “Decid a la ciudad de Sión:

‘Mira, tu Rey viene a ti,

humilde, montado en un asno,

en un borriquillo, cría de una bestia de carga.’ ”

⁶ Los discípulos fueron e hicieron lo que Jesús les había mandado. ⁷ Llevaron el asna y el borriquillo, los cubrieron con unas capas y Jesús montó. ⁸ Había mucha gente, y unos tendían sus capas por el camino y otros tendían ramas que cortaban de los árboles. ⁹ Y los que iban delante y los que iban detrás gritaban:

–¡Hosana al Hijo del rey David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!
¡Hosana en las alturas!

¹⁰ Cuando Jesús entró en Jerusalén, toda la ciudad se alborotó. Muchos preguntaban:

–¿Quién es este?

¹¹ Y la gente contestaba:

–Es el profeta Jesús, el de Nazaret de Galilea.

Otras Lecturas: Isaías 50:4-7; Salmo 22:7-8, 16-19, 22-23; Filipenses 2:6-11



LECTIO:

Comenzamos la Semana Santa con la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén. Qué ocasión tuvo que ser aquella, cargada de imágenes simbólicas y de significado.

El punto de partida de Jesús, el Monte de los Olivos, es significativo, ya que está asociado en la escritura con la venida del Señor (Zacarías 14:4).

Mateo comienza describiendo la peculiar manera en que Jesús dispone de una asna y un borriquillo para entrar montado a sus lomos. Los discípulos siguen sus instrucciones y vuelven con los animales que, según él, habrían de encontrar (versículo 6). Mateo (versículo 4) interpreta esto como el cumplimiento de la profecía de Zacarías 9:9-10, en la que se proclama a un Rey que llega como Salvador montado en un humilde borriquillo, no con poderosos caballos y carrozas. Jesús es dueño de la situación, plenamente consciente de lo que habrán de traer consigo sus últimos días en la tierra.

Lecturas Dominicales del Evangelio con la Lectio Divina Año A: San Mateo

La gente extiende los mantos en el camino al paso de Jesús, la manera habitual de recibir a un rey victorioso o a un personaje de categoría (2 Reyes 9:13). Gritan ‘¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!’ (versículo 9), repitiendo las palabras del Salmo 118:25-26.

Para los fariseos, la solemne entrada de Jesús no podía ocurrir en peor momento. Jerusalén estaba llena de peregrinos que habían llegado a celebrar la Pascua (Lucas 22:7). Mateo 21:10 nos dice: ‘Cuando Jesús entró en Jerusalén, toda la ciudad se alborotó: Muchos preguntaban: “¿Quién es este?”’

Los fariseos no aceptaban a Jesús ni sus enseñanzas y querían evitar que los demás le siguieran. Nada peor había que el recibimiento público y estruendoso de aquel héroe. Debían temer, y con razón, una intervención brutal de los romanos para restablecer el orden público.

Los seguidores de Jesús creían que él era el Mesías. En cambio los dirigentes religiosos no creían en él, aunque otros muchos abrigaban sus dudas. Aun hoy día, la respuesta de la gente frente a Jesús es diversa. Esa sigue siendo la situación: ¿Quién es Jesús? ¿Un profeta, un taumaturgo, un gran maestro? ¿O el Mesías, el Hijo de Dios?



MEDITATIO:

- ‘¿Quién es este?’ Esta era la pregunta crucial en el momento en que Jesús entró en Jerusalén, y sigue siéndolo para toda persona desde entonces. ¿Qué crees, y por qué?
- ¿Qué podemos aprender de las acciones de los discípulos en este pasaje?
- ¿Qué nos revela sobre él mismo y sobre su misión la manera en que Jesús entró en Jerusalén?



ORATIO:

Utiliza Filipenses 2:6-11 para dar gracias a Dios por su deseo de mandar a su Hijo que dejase el cielo, se hiciera hombre y muriese en la cruz por nuestros pecados. Póstrate ante él en signo de adoración y ensalza ‘el más excelente de todos los nombres’.



CONTEMPLATIO:

Jesús murió para salvarte y para que puedas pasar toda la eternidad gozando en su presencia. ¿Le has invitado a que sea el Señor de tu vida? ¿Hay elementos de la enseñanza de Jesús que todavía te cueste aceptar? ¿Hay algo más que debas entregarle a Dios en este momento?

UN CORAZÓN DE SIERVO

Juan 13:1-15

¹ Era la víspera de la fiesta de la Pascua. Jesús sabía que le había llegado la hora de dejar este mundo para ir a reunirse con el Padre. Él siempre había amado a los suyos que estaban en el mundo, y así los amó hasta el fin.

²⁻⁴ El diablo ya había metido en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, la idea de traicionar a Jesús. Durante la cena, Jesús, sabiendo que había venido de Dios, que volvía a Dios y que el Padre le había dado toda autoridad, se levantó de la mesa, se quitó la ropa exterior y se puso una toalla a la cintura. ⁵ Luego vertió agua en una palangana y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla que llevaba a la cintura.

⁶ Cuando iba a lavar los pies a Simón Pedro, este le dijo:

–Señor, ¿vas tú a lavarme los pies?

⁷ Jesús le contestó:

–Ahora no entiendes lo que estoy haciendo, pero más tarde lo entenderás.

⁸ Pedro dijo:

–¡Jamás permitiré que me laves los pies!

Respondió Jesús:

–Si no te los lavo no podrás ser de los míos.

⁹ Simón Pedro le dijo:

–¡Entonces, Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza!

¹⁰ Pero Jesús le respondió:

–El que está recién bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. Y vosotros estáis limpios, aunque no todos.

¹¹ Dijo: “No estáis limpios todos”, porque sabía quién le iba a traicionar.

¹² Después de lavarles los pies, Jesús volvió a ponerse la ropa exterior, se sentó de nuevo a la mesa y les dijo:

–¿Entendéis lo que os he hecho? ¹³ Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y tenéis razón porque lo soy. ¹⁴ Pues si yo, el Maestro y Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. ¹⁵ Os he dado un ejemplo para que vosotros hagáis lo mismo que yo os he hecho.

Otras Lecturas: Éxodo 12:1-8, 11-14; Salmo 126:12-13, 15-18; 1 Corintios 11:23-26

LECTIO:

Estos acontecimientos se encuadran dentro del contexto de la cena de Pascua. La lectura del Antiguo Testamento (Éxodo 12:1-8, 11-14) nos recuerda el enorme significado que tenía esta fiesta para los judíos. Era una celebración que recordaba la milagrosa liberación del pueblo por mano de Dios.

Lecturas Dominicales del Evangelio con la Lectio Divina Año A: San Mateo

Juan es el único evangelista que nos ofrece este valioso ejemplo de Jesús lavándoles los pies a los discípulos.

La acción de Jesús debió dejar desconcertados a los discípulos. Lo normal era que el anfitrión ofreciera agua a los invitados que entraban en su casa para que ellos mismos se lavaran los pies (Lucas 7:44). A veces, un criado o un esclavo se encargaban de la tarea. Sólo en algunas ocasiones los discípulos podían lavarle los pies a su maestro. Pero jamás sucedía lo contrario. El gesto no tenía precedentes.

Pedro protesta enérgicamente, pero acaba cediendo aunque no acaba de entender lo que se propone Jesús y pide una purificación de pies a cabeza. En esta acción práctica, Jesús imparte una lección muy importante a los discípulos y a nosotros: tenemos que servirnos los unos a los otros, tal como él nos sirve. La humildad y el espíritu de servicio son la marca de la verdadera condición de discípulo.

Lo que en realidad está buscando Jesús es la humildad: la única puerta que conduce al don de la salvación. No podemos alcanzar la salvación por nuestras propias acciones, sólo la aceptación del humilde sacrificio del Hijo de Dios en la cruz puede redimirnos.



MEDITATIO:

- Imagina a Jesús lavándote a ti los pies. ¿Cómo te sentirías? ¿Qué le dirías?
- ¿Hasta qué punto estás dispuesto a seguir el ejemplo de Jesús y servir a los demás? ¿De qué manera práctica puedes hacerlo?
- También Judas estaba sentado a la mesa y, sin la menor duda, dejó que Jesús le lavara los pies. De modo que Jesús se humilló ante el que le iba a traicionar (versículo 11). ¿Qué nos dice esto de Jesús y, evidentemente, del mismo Judas?



ORATIO:

Haz del Salmo 116 tu oración para los dos días siguientes. Considera los sentimientos y acciones de Jesús mientras lees esas palabras. Escucha lo que pueda decirte el Espíritu Santo y medita las palabras del salmista en el verso 12:

‘¿Cómo podré pagar al Señor
todo el bien que me ha hecho?’



CONTEMPLATIO:

Reflexiona sobre el amor, la humildad y la dolorosa muerte de Cristo por nosotros. Considera también su infinito deseo de atraernos a la comunión con la Trinidad.

NADIE TIENE AMOR MÁS GRANDE

Juan 18:1 – 19:42

Juan 18

¹ Después de decir estas cosas, Jesús pasó con sus discípulos al otro lado del arroyo de Cedrón, donde había un huerto en el que entró Jesús con ellos. ² También Judas, el que le traicionaba, conocía el lugar, porque muchas veces se había reunido allí Jesús con sus discípulos. ³ Así que Judas se presentó con una tropa de soldados y con algunos guardias del templo enviados por los jefes de los sacerdotes y por los fariseos. Iban armados y llevaban lámparas y antorchas. ⁴ Pero como Jesús ya sabía todo lo que había de pasarle, salió a su encuentro y les preguntó:

–¿A quién buscáis?

⁵ –A Jesús de Nazaret –le contestaron.

Dijo Jesús:

–Yo soy.

Judas, el que le traicionaba, estaba también allí con ellos. ⁶ Cuando Jesús les dijo: “Yo soy”, se echaron atrás y cayeron al suelo. ⁷ Jesús volvió a preguntarles:

–¿A quién buscáis?

Repitieron:

–A Jesús de Nazaret.

⁸ Jesús les dijo:

–Ya os he dicho que soy yo. Si me buscáis a mí, dejad que los demás se vayan.

⁹ Esto sucedió para que se cumpliera lo que Jesús mismo había dicho: “Padre, de los que me confiaste, ninguno se perdió.” ¹⁰ Entonces Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó y le cortó la oreja derecha a uno llamado Malco, criado del sumo sacerdote.

¹¹ Jesús dijo a Pedro:

–Vuelve la espada a su lugar. Si el Padre me da a beber esta copa amarga, ¿acaso no habré de beberla?

¹² Los soldados de la tropa, con su comandante y los guardias judíos del templo, arrestaron a Jesús y lo ataron. ¹³ Le llevaron primero a casa de Anás, porque este era suegro de Caifás, el sumo sacerdote de aquel año. ¹⁴ Este Caifás era el mismo que había dicho a los judíos: “Es mejor que un solo hombre muera por el pueblo.”

¹⁵ Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. El otro discípulo era conocido del sumo sacerdote, de modo que entró con Jesús en la casa; ¹⁶ pero Pedro se quedó fuera, a la puerta. Por eso, el discípulo conocido del sumo sacerdote salió y habló con la portera, e hizo entrar a Pedro. ¹⁷ La portera preguntó a Pedro:

–¿No eres tú uno de los discípulos de ese hombre?

Pedro contestó:

–No, no lo soy.

¹⁸ Como hacía frío, los criados y los guardias del templo habían encendido fuego y estaban allí, calentándose. Pedro también estaba entre ellos, calentándose junto al fuego.

¹⁹ El sumo sacerdote comenzó a preguntar a Jesús acerca de sus discípulos y de lo que enseñaba. ²⁰ Jesús le respondió:

–Yo he hablado públicamente delante de todo el mundo. Siempre he enseñado en las sinagogas y en el templo, donde se reúnen todos los judíos; así que no he dicho nada en secreto. ²¹ ¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a quienes me han escuchado y que ellos digan de qué les hablaba. Ellos saben lo que he dicho.

²² Cuando Jesús dijo esto, uno de los guardias del templo le dio una bofetada, diciéndole:

–¿Así contestas al sumo sacerdote?

²³ Jesús le respondió:

–Si he dicho algo malo, muéstrame qué ha sido; y si lo que he dicho está bien, ¿por qué me pegas?

²⁴ Entonces Anás envió a Jesús, atado, al sumo sacerdote Caifás.

²⁵ Entre tanto, Simón Pedro seguía allí, calentándose junto al fuego. Le preguntaron:

–¿No eres tú uno de los discípulos de ese hombre?

Pedro lo negó, diciendo:

–No, no lo soy.

²⁶ Luego le preguntó uno de los criados del sumo sacerdote, pariente del hombre a quien Pedro le había cortado la oreja:

–¿No te vi con él en el huerto?

²⁷ Pedro lo negó otra vez, y en aquel mismo instante cantó el gallo.

²⁸ Llevaron a Jesús de la casa de Caifás al palacio del gobernador romano. Como ya comenzaba a amanecer, los judíos no entraron en el palacio, pues habrían quedado ritualmente impuros y no habrían podido comer la cena de Pascua. ²⁹ Por eso salió Pilato a hablar con ellos y les preguntó:

–¿De qué acusáis a este hombre?

³⁰ –Si no fuera un criminal –le contestaron–, no te lo habríamos entregado.

³¹ Pilato les dijo:

–Lleváoslo y juzgadle conforme a vuestra propia ley.

Los judíos contestaron:

–Los judíos no tenemos autoridad para ejecutar a nadie.

³² Así se cumplió lo que Jesús había dicho sobre la manera en que tendría que morir.

³³ Pilato volvió a entrar en el palacio, llamó a Jesús y le preguntó:

–¿Eres tú el Rey de los judíos?

³⁴ Jesús le dijo:

–¿Eso lo preguntas tú de tu propia cuenta o porque otros te lo han dicho de mí?

³⁵ Le contestó Pilato:

–¿Acaso yo soy judío? Los de tu nación y los jefes de los sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?

³⁶ Jesús le contestó:

–Mí reino no es de este mundo. Si lo fuese, mis servidores habrían luchado para que yo no fuera entregado a los judíos. Pero mi reino no es de aquí.

³⁷ Le preguntó entonces Pilato:

–¿Así que tú eres rey?

Jesús le contestó:

–Tú lo has dicho: soy rey. Yo nací y vine al mundo para decir lo que es la verdad. Y todos los que pertenecen a la verdad, me escuchan.

³⁸–¿Y qué es la verdad? –le preguntó Pilato.

Después de esta pregunta, Pilato salió otra vez a hablar con los judíos. Les dijo:

–Yo no encuentro ningún delito en este hombre. ³⁹Y ya que tenéis la costumbre de que os ponga en libertad a un preso durante la fiesta de la Pascua, ¿queréis que os ponga en libertad al Rey de los judíos?

⁴⁰Todos volvieron a gritar:

–¡A ese no! ¡A Barrabás!

Y Barrabás era un ladrón.

Juan 19

¹ Pilato, entonces, ordenó que azotaran a Jesús. ² Además, los soldados tejieron una corona de espinas y la pusieron en la cabeza de Jesús, y le vistieron con una capa de color rojo oscuro. ³ Luego se acercaban a él, diciendo:

–¡Viva el Rey de los judíos!

Y le golpeaban en la cara.

⁴ Pilato volvió a salir y les dijo:

–Mirad, os lo he sacado para que sepáis que yo no encuentro en él ningún delito.

⁵ Salió, pues, Jesús, con la corona de espinas en la cabeza y vestido con aquella capa de color rojo oscuro. Pilato dijo:

–¡Ahí tenéis a este hombre!

⁶ Cuando le vieron los jefes de los sacerdotes y los guardias del templo, comenzaron a gritar:

–¡Crucificalo! ¡Crucificalo!

Pilato les dijo:

–Pues lleváoslo y crucificadle vosotros, porque yo no encuentro ningún delito en él.

⁷ Los judíos le contestaron:

–Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir porque se ha hecho pasar por Hijo de Dios.

⁸ Al oír esto, Pilato tuvo más miedo todavía. ⁹ Entró de nuevo en el palacio y preguntó a Jesús:

–¿De dónde eres tú?

Pero Jesús no le contestó nada. ¹⁰ Pilato insistió:

–¿Es que no me vas a contestar? ¿No sabes que tengo autoridad, tanto para ponerte en libertad como para crucificarte?

¹¹ Jesús le contestó:

–Ninguna autoridad tendrías sobre mí, si Dios no te la hubiera dado. Por eso, el que me ha entregado a ti es más culpable de pecado que tú.

¹² Desde aquel momento, Pilato buscó la manera de poner en libertad a Jesús; pero los judíos le gritaban:

–¡Si le pones en libertad, no eres amigo del César! ¡Todo el que se hace rey es enemigo del César!

¹³ Al oír esto, Pilato ordenó que sacaran a Jesús, y luego se sentó en el tribunal, en el lugar que llamaban en hebreo Gabatá (es decir, El Empedrado). ¹⁴ Era la víspera de la Pascua, hacia el mediodía. Pilato dijo a los judíos:

–¡Aquí tenéis a vuestro Rey!

¹⁵ Pero ellos gritaban:

–¡Muera! ¡Muera! ¡Crucificalo!

Pilato les preguntó:

–¿Acaso he de crucificar a vuestro Rey?

Y los jefes de los sacerdotes le contestaron:

–¡No tenemos más rey que el César!

¹⁶ Entonces Pilato les entregó a Jesús para que lo crucificaran, y ellos se lo llevaron.

¹⁷ Jesús, llevando su cruz, salió para ir al llamado “Lugar de la Calavera” (que en hebreo es Gólgota). ¹⁸ Allí lo crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado. ¹⁹ Pilato mandó poner sobre la cruz un letrero que decía: “Jesús de Nazaret, Rey de los judíos.”

²⁰ Muchos judíos leyeron aquel letrero, porque el lugar donde crucificaron a Jesús se hallaba cerca de la ciudad, y el letrero estaba escrito en hebreo, latín y griego. ²¹ Por eso, los jefes de los sacerdotes judíos dijeron a Pilato:

–No escribas: ‘El Rey de los judíos’, sino: ‘El que dice ser Rey de los judíos.’

²² Pero Pilato les contestó:

–Lo que he escrito, escrito queda.

²³ Después de crucificar a Jesús, los soldados tomaron sus ropas y se las repartieron en cuatro partes, una para cada uno. Tomaron también su túnica, pero como no tenía costura, sino que estaba tejida de arriba abajo de una sola pieza, ²⁴ se dijeron entre ellos:

–No la partamos. Echémola a suertes, a ver a quién le toca.

Así se cumplió la Escritura que dice: “Se repartieron entre sí mi ropa y echaron a suertes mi túnica.” Esto fue lo que hicieron los soldados.

²⁵ Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, esposa de Cleofás, y María Magdalena. ²⁶ Cuando Jesús vio a su madre y junto a ella al discípulo a quien él quería mucho, dijo a su madre:

–Mujer, ahí tienes a tu hijo.

²⁷ Luego dijo al discípulo:

–Ahí tienes a tu madre.

Desde entonces, aquel discípulo la recibió en su casa.

²⁸ Después de esto, como Jesús sabía que ya todo se había cumplido, y para que se cumpliera la Escritura, dijo:

–Tengo sed.

²⁹ Había allí una jarra llena de vino agrio. Empaparon una esponja en el vino, la ataron a una rama de hisopo y se la acercaron a la boca. ³⁰ Jesús bebió el vino agrio y dijo:

–Todo está cumplido.

Luego inclinó la cabeza y murió.

³¹ Era el día de la preparación de la Pascua. Los judíos no querían que los cuerpos quedasen en las cruces durante el sábado, pues precisamente aquel sábado era muy

solemne. Por eso pidieron a Pilato que ordenara quebrar las piernas a los crucificados y quitar de allí los cuerpos. ³²Fueron entonces los soldados y quebraron las piernas primero a uno y luego al otro de los crucificados junto a Jesús. ³³Pero al acercarse a Jesús vieron que ya había muerto. Por eso no le quebraron las piernas.

³⁴Sin embargo, uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza, y al momento salió sangre y agua. ³⁵El que cuenta esto es uno que lo vio y que dice la verdad. Él sabe que dice la verdad, para que vosotros también creáis. ³⁶Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliera la Escritura que dice: “No le quebrarán ningún hueso.” ³⁷Y en otra parte dice la Escritura: “Mirarán al que traspasaron.”

³⁸Después de esto, José, el de Arimatea, pidió permiso a Pilato para llevarse el cuerpo de Jesús. José era un seguidor de Jesús, aunque en secreto por miedo a los judíos. Pilato le dio permiso, y José fue y se llevó el cuerpo. ³⁹También Nicodemo, el que una noche fue a hablar con Jesús, llegó con unos treinta kilos de perfume de mirra y áloe. ⁴⁰José y Nicodemo, pues, tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron con vendas empapadas en aquel perfume, según acostumbraban hacer los judíos para enterrar a sus muertos. ⁴¹En el lugar donde crucificaron a Jesús había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, donde todavía no se había depositado a nadie. ⁴²Allí pusieron el cuerpo de Jesús, porque el sepulcro estaba cerca y porque ya iba a empezar el sábado de los judíos.



NADIE TIENE AMOR MÁS GRANDE

Juan 18:1 – 19:42

*Otras Lecturas: Isaías 52:13 – 53:12; Salmo 31:1, 5, 11-12, 14-16, 24;
Hebreos 4:14-16, 5:7-9*



LECTIO:

Juan da comienzo al relato de la pasión de Jesús con su traición y detención en medio de la noche. Judas conduce a los soldados romanos y a unos guardias del templo a un huerto donde a veces se reunía Jesús con sus discípulos. Sin embargo, Juan pone de relieve que a Jesús no le detienen por sorpresa y que no intenta eludir su arresto: 'como Jesús ya sabía todo lo que había de pasarle, salió a su encuentro...' (18:4).

Llevan a Jesús ante Anás y Caifás, el sumo sacerdote. Juan no nos ofrece tantos detalles del juicio de Jesús ante las autoridades judías como los otros evangelistas (véase Mateo 26:57-67, Marcos 14:53-65, Lucas 22:54-55, 63-71), pero señala que fue Caifás quien aconsejó a las autoridades judías que 'Es mejor que un solo hombre muera por el pueblo' (18:14).

Las autoridades judías han dictado sentencia, pero se requiere permiso de los romanos para ejecutarla. Así que llevan a Jesús ante Pilato, que no encuentra razón para sentenciarle a muerte. De hecho, le dice esto a la muchedumbre nada menos que tres veces (18:38, 19:4, 6) e intenta poner en libertad a Jesús. Pero cuando el pueblo pone abiertamente en cuestión la fidelidad de Pilato al emperador, cede y les entrega a Jesús para que lo crucifiquen.

Juan también incluye otros detalles que no se encuentran en los otros tres evangelios. Uno de ellos es el encargo de Jesús, desde la cruz, al 'discípulo a quien él quería mucho' -expresión que se ha considerado tradicionalmente como una alusión al evangelista mismo- de que cuidara de su madre (Juan 19:26-27). Sólo él recoge las palabras de Jesús, llenas de ternura de y amor hacia su madre.

Otro detalle particular es la descripción del soldado que le atraviesa el costado con la lanza en vez de quebrarle las piernas como habían hecho con los otros dos crucificados con él (19:32-34). Juan explica que aquello se hizo 'para que se cumpliera la escritura', refiriéndose a Zacarías 12:10.

También nos dice que cuando le atravesaron el costado a Jesús 'salió sangre y agua'. En un plano literal, se trata de una prueba de que Jesús ya estaba muerto, dando así respuesta a los escépticos que más tarde tratarían de negar la resurrección basándose en que Jesús en realidad no había muerto. Algunos también sugieren que, en un plano simbólico, la sangre y el agua representan la Sagrada Eucaristía o la Sagrada Comunión y el bautismo.

Después que crucificaran a Jesús, José de Arimatea le pide a Pilato poder enterrar a Jesús. Pilato le da permiso y José, junto con Nicodemo, prepara el cuerpo de Jesús para enterrarlo y lo sepulta en un sepulcro nuevo (19:38-40). Ambos personajes eran miembros destacados del sanedrín judío y discípulos de Jesús en secreto. Juan es el único evangelista que menciona la relación de Nicodemo en todo esto. También recoge su encuentro con Jesús en Juan 3, pasaje que incluye Los versículos más famosos de la Biblia: Juan 3:16:

'Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo único, para que todo el que cree en él no muera, sino que tenga vida eterna.'

MEDITATIO:

- ¿Qué aprendemos de Jesús a partir de este relato de la pasión? ¿Qué es lo que más te impresiona, y por qué?
- Respondiendo a Pilato, dice Jesús: 'Yo nací y vine al mundo para decir lo que es la verdad. Y todos los que pertenecen a la verdad, me escuchan' (18:37). ¿De qué 'verdad' está hablando Jesús? ¿Sigues tú escuchando a Jesús?
- Jesús soportó el dolor y la humillación de la muerte en la cruz. ¿Qué diferencia implica esto en tu manera de vivir?
- ¿Qué quería decir Jesús cuando pronuncio la frase: 'Todo está cumplido'? ¿Qué significa para ti hoy día?

ORATIO:

Con espíritu de oración, lee Isaías 52:13 – 53:1-12. Venera al siervo sufriente que fue traspasado por nuestros pecados y aplastado por nuestras maldades. Da gracias por todo lo que llevó a cabo Jesús en la cruz por ti. Deposita tus cargas y tus pecados en manos del Señor amoroso que pago el precio para que tú seas libre.

CONTEMPLATIO:

'Acerquémonos, pues, con confianza al trono de nuestro Dios lleno de amor, para que tenga misericordia de nosotros y en su bondad nos ayude en la hora de la necesidad.' Hebreos 4:16

Lee Hebreos 4:14-16 y 5:7-9. Estos versículos nos animan y dan fuerza para 'seguir firmes en la fe' (versículo 14).

Medita en torno a la persona de Jesús, nuestro sumo sacerdote que comprende nuestras debilidades humanas pero que vivió sin pecado en esta tierra y es 'fuente de salvación eterna para todos los que le obedecen'.

LLENOS DE GOZO

Mateo 28:1-10

¹ Pasado el sábado, al amanecer el primer día de la semana, María Magdalena y la otra María fueron a ver el sepulcro. ² De pronto hubo un fuerte temblor de tierra, porque un ángel del Señor bajó del cielo y, acercándose al sepulcro, quitó la piedra que lo cerraba y se sentó sobre ella. ³ El ángel brillaba como un relámpago y su ropa era blanca como la nieve. ⁴ Al verle, los soldados temblaron de miedo y se quedaron como muertos. ⁵ El ángel dijo a las mujeres:

–No os asustéis. Sé que estáis buscando a Jesús, el crucificado, ⁶ pero no está aquí; ha resucitado, como dijo. Venid a ver el lugar donde lo pusieron. ⁷ Id aprisa y decid a sus discípulos: ‘Ha resucitado y va a ir a Galilea antes que vosotros. Allí le veréis.’ Esto es lo que yo tenía que deciros.

⁸ Las mujeres se alejaron a toda prisa del sepulcro, asustadas pero, a la vez, con mucha alegría, y corrieron a llevar la noticia a los discípulos. ⁹ En esto, Jesús se presentó ante ellas y las saludó. Ellas, acercándose a Jesús, le abrazaron los pies y le adoraron. ¹⁰ Él les dijo:

–No tengáis miedo. Id a decir a mis hermanos que se dirijan a Galilea, y que allí me verán.

Otras Lecturas: Romanos 6:3-11; Salmo 118:1-2, 16-17, 22-23



LECTIO:

Este es el relato de la resurrección que nos hace Mateo y en el que nos cuenta el triunfo de Jesús y cómo venció al pecado y a la muerte para siempre cuando murió por nosotros en la cruz. También nosotros poseemos esa victoria, aunque nuestra resurrección corporal no hay de realizarse hasta el fin de los tiempos.

Con unas pocas palabras muy sencillas, Mateo describe el momento en que las mujeres descubren vivo a Jesús. Pero esas simples palabras hablan como si fueran tomos: a través de cada palabra se sigue el hilo de la admiración que las mujeres tuvieron que experimentar al descubrir a Jesús vivo.

Mateo sitúa la escena: hubo un terremoto y entonces un ángel bajó del cielo y corrió la enorme losa de piedra. Los guardas contemplan aquello temblando de miedo y ‘se quedaron como muertos’, tal vez paralizados por el terror e incapaces de hablar o de moverse.

Las dos mujeres van a la tumba, tal vez en busca del lugar adecuado para su dolor y para hacer duelo. No esperan, ni mucho menos, encontrar a un Jesús vivo.

Sabiendo lo asustadas que estarán las mujeres, el ángel les dice que no tengan miedo y les explica que Jesús ya no está muerto, sino que ha sido resucitado a la vida, tal como él mismo había anunciado.

El ángel les muestra la tumba vacía y les dice que vuelvan a los discípulos y les comuniquen tan tremenda noticia: ¡Jesús ha resucitado de entre los muertos!

Mientras regresan a donde están los discípulos, se encuentran a Jesús cara a cara. Son las primeras testigos de la tumba vacía y de su auténtico significado. La tumba no está vacía porque alguien la haya profanado para robar el cuerpo de Jesús. Está vacía, sencillamente, porque Jesús ha resucitado de entre los muertos.

En los versículos que siguen a nuestra lectura (11-15) se nos narra que los guardias cuentan lo que han visto a los jefes de los sacerdotes, quienes convocan urgentemente una reunión. Ofrecen a los soldados una elevada suma de dinero y les sobornan para que callen cuanto en realidad han visto. En lugar de guardar silencio, dicen que los discípulos habían robado el cuerpo de Jesús durante la noche, mientras ellos dormían.



MEDITATIO:

- Mientras celebras este maravilloso día de la vida de la iglesia, trata de imaginarte el asombro y el entusiasmo que debieron sentir las dos mujeres al encontrarse con Jesús
- Piensa en el momento en que Jesús llegó ‘vivo’ a ti. ¿Han aumentado o disminuido tu fe y tu asombro ante la resurrección de Jesús con el paso de los años?
- Considera el contraste que existe entre las dos mujeres y los soldados de la guardia. Unas y otros han sido testigos del acontecimiento más significativo en la historia humana. Las mujeres proclaman la buena noticia. Los guardias mienten para ocultarla. ¿Qué podemos aprender de esto?



ORATIO:

La fe en la resurrección de Jesús es una parte fundamental de nuestra fe cristiana. Ora con las palabras de Romanos 6:3-11, pidiéndole a Dios que traiga a la vida aquellas promesas en tu corazón y en tu experiencia.



CONTEMPLATIO:

¿Cómo resumirías los acontecimientos de Pascua para un amigo que quisiera conocer su verdadero significado? Intenta poner por escrito los detalles que te ayuden a destacar y a recordar los hechos más importantes.